

memorias en fragmentos

MIRADAS SOBRE EL HOLOCAUSTO / SHOÁ



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

PROGRAMA
**EDUCACIÓN
Y MEMORIA**

memorias en fragmentos

MIRADAS SOBRE EL HOLOCAUSTO / SHOÁ



Índice

Palabras del Ministro de Educación	9
Palabras del Secretario de Educación	11

PRIMERA PARTE

El Holocausto como espejo de la humanidad	15
Sobre las definiciones del genocidio	21
Metafísica del Holocausto, <i>Pablo Freinkel</i>	23
Solución final, <i>Alejandro Kaufman</i>	24
Hurbinek, <i>Ricardo Forster</i>	25
Los contrabandistas de la memoria, <i>J. Hassoun</i>	29
El buen uso, <i>Tzvetan Todorov</i>	30
Ejercer la memoria, <i>Nelly Richard</i>	32
La época del desprecio, <i>Albert Camus</i>	34
¿Por qué es un hecho único?, los hundidos y los salvados, <i>Primo Levi</i> ..	35
Sacudirse la indiferencia, <i>Eli Wiesel</i>	36

SEGUNDA PARTE

Las voces que llegan desde el tiempo	39
--	----

LOS CAMPOS

De esto contaréis a vuestros hijos	45
Adolf Eichmann, <i>Rudolf Hoess</i>	46
Acerca de la personalidad de los perpetradores, <i>Uri Jelin</i>	47
Un capítulo ominoso del homicidio nazi, <i>Pablo Dreizik</i>	49
La última enana de Menguele	50
Diálogo entre Primo Levi y Ferdinando Camon	52
Una temporada en el infierno, <i>George Steiner</i>	54
La línea blanca, <i>Jorge Semprún</i>	55

RESISTENCIAS

La biblioteca judía en el gueto de Vilna, <i>Abraham Zyberman</i>	59
Tiempo de recordar, <i>Jack Fuchs</i>	61
La resistencia judía, <i>Damián Szmulewicz</i>	63
La orgía de muerte y el levantamiento ético, <i>Israel Laubstein</i>	66
El gueto de Varsovia y la globalización aniquiladora, <i>León Rozitchner</i> ..	67
De Pésaj al Gueto (en conmemoración del levantamiento del Gueto de Varsovia), <i>Rabino Daniel Goldman</i>	68
La resistencia en el gueto de Vilna, <i>Daniel Feierstein</i>	70
La lectura en las Barracas. La pequeña biblioteca de Auschwitz, <i>Alberto Manguel</i>	71
Al maestro con cariño (sobre Janusz Korczak), <i>Rubén Naranjo</i>	73

VOCES Y MARCAS

Los poemas de los niños de Terezin.....	77
Rodas, Auschwitz, Lager, Dachau, <i>Sara Jerusalmi</i>	80
Sobrevivir, <i>Bruno Bettelheim</i>	82
Ana Frank, <i>S. Bruchfeld</i> y <i>P. Levine</i>	84
Memoria, <i>Eugenia Unger</i>	85
Auschwitz, <i>León Felipe</i>	86
Nosotros los sobrevivientes, <i>Erika Blumgrund</i>	87
La voz de los sobrevivientes, <i>Lila Pastoriza</i>	88
Los límites de lo posible y lo esperable, <i>Alejandro Kaufman</i>	90

CRÉDITOS

Mirta Kupfernic	91
------------------------	----

El Holocausto como espejo de la humanidad

El Holocausto fue un punto de inflexión en la historia universal. Único en su especificidad, es una imagen que nos interpela y un espejo en el cual pensar los procesos sociales también únicos de distintas partes del mundo. Desde el punto de vista de la escuela, este momento de la historia humana es un acontecimiento que permite la reflexión sobre diversas cuestiones. Los usos y abusos del poder nos llevan a pensar en las responsabilidades individuales y colectivas, de las sociedades y sus gobiernos, frente a las violaciones de los derechos humanos universales, establecidos precisamente como un «umbral de humanidad» como una consecuencia directa de la experiencia genocida.

Se trata también de un alerta profundo acerca de las consecuencias del silencio y la indiferencia frente al sufrimiento de los demás. Expresión máxima de la intolerancia y la exclusión, estudiar el fenómeno de la Shoá contribuye, por oposición, a reflexionar acerca de la necesaria tolerancia que permita la convivencia en sociedades complejas y diversas. En un mundo globalizado, atravesado por violencias y por desigualdades cada vez más profundas, actúa como una advertencia de lo que sucede cuando ni el respeto por la diferencia ni la idea de coexistencia o convivencia son objetivos y valores incorporados a las prácticas sociales en los más variados niveles.

La historia del Holocausto / Shoá es también la historia del capitalismo, que puso al servicio de la destrucción de la humanidad los mayores avances tecnológicos y organizativos de su época. ¿Cómo revertirlo, vistas las noticias con las que día a día despertamos? Es difícil de responder. Sin embargo, las consecuencias de no hacerlo están en nuestro pasado común: allí están los campos y las ruinas de los guetos.

No se trata, en consecuencia, de una idealización en términos absolutos de bien y mal, sino de asumir la responsabilidad como sujetos frente a la Historia como una construcción. Seres humanos ejercieron su poder sobre otros, apoyándose en un aparato ideológico y material que hizo posible el exterminio, que fue *enseñado* y *aprendido*. Planificaron la matanza, la justificaron, la ensalzaron. El genocidio, antes de ejecutado, fue pensado. Por lo tanto, y desde este presente que es su consecuencia, es necesario volver a reflexionar. Pensar ese pasado en su complejidad, en su multitud de factores y casos, que no implica ni relativizar ni justificar a partir de la comprensión, sino lo contrario: entender, a partir de la noción de responsabilidad, que el Holocausto fue una posibilidad en un momento dado, y que se materializó en la barbarie por múltiples decisiones que lo hicieron posible.

En tanto un genocidio es un crimen contra la humanidad, sancionado por leyes, declaraciones y convenios internacionales, cada uno de estos episodios es una herida a la Humanidad en su conjunto, y nos transforma a todos los seres humanos en sus víctimas, en portadores tanto de la marca de esa barbarie como de la posibilidad del cambio.

Un poco de historia

El exterminio masivo de personas es un fenómeno muy antiguo. En numerosas ocasiones el dominio de un pueblo sobre otro se apoyó en la matanza sistemática del vencido, en su desplazamiento, o en su sometimiento por la esclavitud.

Desde las deportaciones masivas de los asirios hasta la siembra de sal en los campos cartagineses por parte de los romanos; desde la crucifixión de los esclavos rebeldes capitaneados por Espartaco o los exterminios alimentados por la religión, hasta llegar a las miles de víctimas del colonialismo europeo, en todas estas prácticas subyace la construcción de una alteridad, un otro que es considerado inferior (lo que habilita al «superior» a someterlo), o bien una amenaza a la comunidad, una encarnación del mal que debe ser extirpada.

Con la llegada de Colón a América, en 1492, y la consolidación de los imperios transoceánicos, se discutió si los pueblos indígenas eran humanos o no, tanto para definir su *status* ante el soberano como para establecer si podían ser vendidos como esclavos; mientras tanto, en España, se les daba a los musulmanes y judíos, radicados en la Península Ibérica desde hacía siglos, solo una opción brutal: la conversión o la expulsión.

Pensemos también en la llamada «Conquista del Desierto», como se designó a las expediciones militares de ocupación de territorios dentro del Estado argentino en el último cuarto del siglo XIX. Ese «desierto» estaba

poblado por numerosos pueblos, aniquilados o desplazados en aras de un proceso «civilizatorio» que esperaba sustentarse en la inmigración europea.

En Australia, que atraviesa hoy un incipiente proceso de reparación, se habla de una *generación robada*: los hijos de aborígenes y blancos que bajo la consigna de *Keep Australia White* (mantengamos blanca a Australia) eran arrancados de sus hogares y ubicados en orfanatos, para luego ser dados a familias de origen europeo a fin de borrar su marca aborígena. Se trataba de un mecanismo reglado de «purificación» y entre 1885 y 1967 fueron pocas las voces que consideraron a este procedimiento un robo de niños.

Es que aunque los estados modernos legislaron ya a finales del siglo XIX acerca de las reglas de la guerra, tales leyes no se consideraban aplicables en el caso de los «inferiores»: las políticas coloniales de arrasamiento encontraron su fundamento en la convicción de que «el hombre blanco» aportaría el progreso con su mera instalación y reproducción en los espacios ocupados. Así, algunos consideran que la Italia fascista aplicó prácticas genocidas durante la conquista de Abisinia, en África. También, durante la guerra bóer, en la actual Sudáfrica, las fuerzas británicas recluyeron a las familias de los colonos boers en campos de concentración. Y en la Argentina, las masivas huelgas obreras de la Patagonia de 1920-1921 fueron reprimidas mediante el fusilamiento masivo y clandestino de cerca de tres millares de huelguistas.

Sin embargo, la noción del *genocidio* es reciente: fue acuñada en la primera mitad del siglo XX. Los crímenes conocidos con ese nombre son un fenómeno intrínseco a la modernidad: sin el desarrollo tecnológico y político alcanzado por algunas formas de organización social, sin el vuelco de todos esos recursos a la masacre, serían impensable el Holocausto u otras matanzas. Difundido en el mundo del derecho y las ciencias sociales a partir de la masacre de armenios perpetrada por el Estado Turco a principios

del siglo XX, el concepto de genocidio cobró relevancia y se instaló con fuerza en el derecho internacional a consecuencia del nazismo y el proceso de aniquilación perpetrado sobre distintos grupos sociales que fueron percibidos por el régimen nazi como una amenaza. En 1948, la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas sancionó la *Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio*, que establece la noción: genocidio es «cualquiera de los actos mencionados a continuación cometidos con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal:

- (a) Matanza de miembros del grupo;
 - (b) Lesión grave a la integridad física o mental de miembros del grupo;
 - (c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de provocar su destrucción física, total o parcial;
 - (d) Medidas destinadas a impedir nacimientos en el seno del grupo;
- Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo.»

Sin embargo, pese a la legislación internacional, se han producido otros genocidios en estos cincuenta años en distintos lugares del mundo. El avance en la conciencia y el respeto por los derechos humanos convive con la realidad de un tercer milenio que, al decir de Eric Hobsbawm, ha comenzado bajo el signo de la violencia.

En Camboya, el régimen del Khmer Rouge produjo matanzas tan grandes que el 81% de la población perdió al menos a un familiar durante el régimen de Pol Pot. En el Perú, el 75% de los más de 26.000 casos registrados por la Comisión de la Verdad y Reconciliación de ese país fueron campesinos quechua hablantes radicados en las zonas socioeconómicamente más desfavorecidas del país. En Guatemala, sucedió lo mismo: tras 36 años de guerrilla y represión, la abrumadora mayoría de los doscientos mil muertos en ese proceso son de origen *maya*. Las masacres durante la guerra civil en los Balcanes también tienen un contenido étnico. Acaso

dentro de unos años, a la lista histórica de matanzas se agreguen nombres como Dasht Leili, en Afganistán, donde en 2001 el Ejército de ocupación estadounidense asesinó sin juicio y enterró clandestinamente a unos tres mil guerrilleros talibanes.

En todos estos casos como en muchos otros, una de las piezas centrales que autorizaron la matanza fue la construcción de una víctima concebida como una amenaza a la comunidad, justificada a la vez en elementos étnicos, religiosos o políticos bien concretos. En el caso del Holocausto, la construcción del «judío» combinó elementos antisemitas con el temor a la extensión del comunismo común a muchas sociedades europeas.

El Holocausto/ Shoá

¿Cuál es la especificidad del Holocausto? Desde que los primeros sobrevivientes comenzaron a hablar, desde que las primeras imágenes de los campos recorrieron el mundo, la matriz conceptual para pensar las masacres es la del exterminio perpetrado por los nazis desde la década del treinta del siglo XX pero, particularmente, durante la Segunda Guerra Mundial.

Se conoce como Shoá u Holocausto al asesinato sistemático de los judíos de Europa, implementado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La mayor parte de las víctimas provenía de Europa Oriental, especialmente Polonia y la ex Unión Soviética. Muchos judíos de la Europa Occidental, asimismo, fueron asesinados en las cámaras de gas ubicadas en los campos de exterminio en Polonia. Pero no todos murieron de ese modo: otros murieron de hambre, o por distintas enfermedades, o asesinados por pelotones de fusilamiento o exhaustos por el trabajo esclavo. No se conoce con exactitud la cantidad de víctimas, pero existe un acuerdo en hablar de entre cinco y siete millones de personas asesinadas por el dispositivo exterminador.

El nacionalsocialismo hablaba eufemísticamente del *Endlösung der Judenfrage*, la Solución Final del Problema Judío. Es importante recordar que los judíos no fueron sólo «víctimas civiles de la guerra», se los persiguió y exterminó en forma específica por su condición de tales, por lo que *eran*. Junto a ellos, los nazis masacraron a prisioneros de guerra considerados racialmente inferiores, adversarios políticos, personas con capacidades especiales, homosexuales y hombres y mujeres de distintas religiones y etnias. Por ejemplo, se encarnizaron particularmente con los prisioneros de guerra de la Unión Soviética, y los gitanos y pueblos Rom, a quienes consideraban infrahumanos.

Para hacerlo, implementaron una gigantesca maquinaria represiva en toda la Europa ocupada: construyeron seis campos de exterminio destinados a producir muerte a escala y con métodos industriales: Auschwitz, Treblinka, Belzec, Sobibor, Chelmno y Majdanek y entre dos mil y cinco mil campos de concentración de distintas escalas y características, cuya principal función era la de la reunión, tortura y aniquilamiento de los seres humanos allí detenidos. Destinados a la represión política y a la eutanasia, algunos existían en Alemania desde 1933, como Dachau. A su vez, los *Einsatzgruppen*, los escuadrones de la muerte, recorrieron sistemáticamente los territorios ocupados en busca de sus víctimas.

La población judía, concentrada en guetos en las principales ciudades de Europa oriental, como paso anterior a su deportación a los campos de concentración, fue sometida a durísimas condiciones que produjeron millares de víctimas por hambre. Pero hubo algunos casos de fuertes rebeliones y la más importante fue la protagonizada por los habitantes del Gueto de Varsovia, en 1943.

Las palabras Holocausto y Shoá se popularizaron luego de la guerra. Hacia finales de la década del cincuenta, la palabra Holocausto -originada en la

palabra griega *holokaustos*: sacrificio en el fuego a la divinidad- era la más utilizada en relación con la matanza, y lo sigue siendo hasta hoy.

El impacto de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial se puede ver en el hecho de que antes de que la humanidad conociera la existencia de los campos de exterminio construidos por los nazis, la expresión había sido utilizada en general para referirse solo a catástrofes naturales. Pero después de Auschwitz, está indisolublemente asociada al genocidio perpetrado por los nazis y sus cómplices.

Es importante destacar que muchas veces utilizamos la palabra *holocausto* para referirnos no sólo a la masacre de los judíos sino también a las de otros pueblos cometidas entre 1933 y 1945. Desde entonces, episodios genocidas como el de Rwanda, o el argentino, también son ocasionalmente nombrados como «holocaustos».

Se trata, sin embargo, de un fenómeno de sentido común que debe ser desmontado y matizado. Una de las objeciones más fuertes que se le hace a la expresión «Holocausto» es su etimología de «ofrenda sacrificial». No es posible proponer la menor conexión entre la muerte en las cámaras de gas y el sacrificio (la «entrega a motivos sagrados y superiores»), entre Auschwitz y el *olah* bíblico, entre hornos crematorios y altares, señala Giorgio Agamben. Por eso es que para referirse al exterminio nazi se comienza a sostener la idea de hablar de Shoá. Esta palabra, de origen hebreo, significa «devastación, catástrofe» -y en la Biblia indica a menudo «castigo divino»- y se usaba ya durante los años de la guerra. Las víctimas del genocidio no marcharon voluntariamente a su muerte.

Ahora bien, se discute si la Shoá es un acontecimiento único. Para responder a esta cuestión, cabe preguntarse qué papel jugó el antisemitismo en la Shoá. Desde esta perspectiva, algunos investigadores sostienen que fue la única ocasión en la Historia en la que una nación trató sistemáticamente

de asesinar a todo hombre, mujer o niño de una minoría étnica o religiosa planteándose como un objetivo político. En el caso de los judíos, los nazis crearon un completo aparato burocrático para lograr ese propósito. Sin embargo, otros historiadores señalan que enfatizar el carácter único de la Shoá puede ser contraproducente. Cada catástrofe o genocidio tiene semejanzas y diferencias con otras, y a la vez cada una de ellas es única. En consecuencia, enfatizar el carácter único del Holocausto contribuye a focalizar nuevamente en un grupo religioso o étnico, a la par de construir una jerarquía entre las víctimas.

Argentina

¿Qué nos dice la Shoá acerca de nuestra propia experiencia límite? Entre 1976 y 1983, el Estado terrorista argentino desarrolló una política sistemática de persecución y aniquilamiento que en numerosos puntos permite comparaciones con la Shoá¹. Algunos autores ven continuidades entre la Shoá y la experiencia argentina, mientras otros se resisten a la comparación.

Lo indudable es que, en la experiencia de víctimas y perpetradores, las referencias a la experiencia de los campos nazis –vívida o recordada en tanto transmitida- para evocar la propia es innegable. También hay testimonios de sobrevivientes acerca de la simbología y la ideología nazis presentes en los campos clandestinos argentinos. En los primeros años de la posdictadura las referencias al horror nazi fueron recurrentes para describir la experiencia argentina y, recientemente, un documental sobre el Juicio a las Juntas (1985), se tituló *El Nuremberg argentino*, en alusión al juicio contra los jefes nazis tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Desde mediados de la década del cincuenta, las Fuerzas Armadas argentinas, en el marco de la *Doctrina de Seguridad Nacional* (DSN, elaborada e impulsada desde Estados Unidos), se prepararon para combatir –y en última instancia aniquilar mediante el exterminio- a un «enemigo» que tenía «características particulares»: se «camuflaba» entre la población, y por lo tanto había que aplicar «técnicas especiales» (la tortura, la detención y ejecución ilegales) para combatirlo.

La DSN introdujo en las fuerzas armadas de numerosos países la idea de que las fronteras territoriales habían sido desplazadas: la guerra se daba ahora entre contendientes separados por fronteras ideológicas, y entonces el «enemigo» pasaba a ser todo aquel que se considerara un adversario político. El mundo se dividía en dos bloques: el mundo «occidental y cristiano» y los países de la Unión Soviética y sus aliados, esencialmente las ideologías de corte marxista y revolucionario.

El «otro» construido bajo esta concepción era difícil de reconocer porque nada lo diferenciaba de un estudiante, un obrero o un vecino. Esta idea funcionó tanto en las expediciones punitivas estadounidenses durante la guerra de Vietnam, como antes en Argelia durante la represión francesa, y fue la base de la caracterización del «subversivo» en la Argentina. En el marco de la Guerra Fría, las luchas políticas locales construyeron una creciente deshumanización del adversario, que llegó al extremo en los centros clandestinos de detención durante la dictadura, pero que tiene antecedentes en la historia política del país: los sucesos de la Patagonia ya mencionados, la Semana Trágica en 1919, los bombardeos a Plaza de Mayo en junio de 1955, los sucesivos golpes de Estado en los años treinta, cincuenta y cinco y sesenta y seis.

1. Las investigaciones más recientes de distintos campos de las ciencias sociales hacen considerar que la fecha de «instalación del terrorismo de Estado» en la Argentina debe ser revisada, llevándola a varios meses antes del golpe del 24 de marzo de 1976, es decir, durante el régimen constitucional.

Conviene destacar, sin embargo, que la marca distintiva de la dictadura de 1976 fue su voluntad reorganizadora (se autodenominó Proceso de Reorganización Nacional): las Fuerzas Armadas, con el apoyo y la complicidad de sectores económicos, sociales y políticos, diseñaron y condujeron un aparato represivo destinado a producir un disciplinamiento de la sociedad basado en el terror.

Como sostiene la politóloga Pilar Calveiro, sobreviviente ella misma a esta maquinaria, este hecho histórico nos devuelve una demanda fundamental: «No hay campos de concentración en todas las sociedades (...) No existen en la historia de los hombres paréntesis inexplicables. Y es precisamente en los períodos de 'excepción', en esos momentos molestos y desagradables que las sociedades pretenden olvidar, colocar entre paréntesis, donde aparecen sin mediaciones ni atenuantes los secretos y las vergüenzas del poder cotidiano. El análisis del campo de concentración, como modalidad represiva, puede ser una de las claves para comprender las características de un poder que circuló en todo el tejido social y que no puede haber desaparecido. No menos ilusorio es que la sociedad civil suponga que el poder desaparecedor desaparezca, por arte de una magia inexistente»².

No todas las sociedades producen campos de concentración y de exterminio. Por lo tanto, interrogarnos acerca de las condiciones que los hicie-

ron posibles se transforma para nosotros en una responsabilidad, en tanto educadores y ciudadanos. Es en este sentido que reflexionar sobre una experiencia como la Shoá puede arrojar luz sobre el caso argentino.

Con la edición de este libro, el Ministerio de Educación de la Nación busca acercar elementos para acompañar una transmisión necesaria y compleja de estas cuestiones. Para dimensionar, desde las más variadas expresiones humanas, un episodio único que es una demanda diaria de alerta y responsabilidad. Asumiendo que la transmisión no es un proceso lineal, las fuentes seleccionadas y los fragmentos rescatados de producciones sobre el tema buscan sumar elementos para una apropiación crítica del pasado. Esperamos que estas memorias en fragmentos, estas miradas sobre la Shoá, sirvan como propuestas de lectura, como ejercicios de debate para trabajar en las aulas donde formamos a las nuevas generaciones.

El impacto de la Shoá ha sido determinante para pensar la sociedad y las culturas contemporáneas. A continuación, ofrecemos una selección de fragmentos de obras que nos permiten ubicar conceptualmente la problemática del genocidio, su impacto y algunos desafíos que implica su transmisión. ■

2. Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 38.

